

“...casi toda la literatura brasileña, en el pasado como en el presente, es una literatura de funcionarios públicos. Nuestra figura máxima [...] fue un director general de Contabilidad del Ministerio de Viação, Machado de Assis [...] Raúl Pompéia, director de Estadística del *Diário Oficial* y de la Biblioteca Nacional; Olavo Bilac, inspector escolar en Rio [...] Alberto de Oliveira, director de Instrucción en el Estado de Rio, como también lo fueron José Veríssimo y Franklin Távora, respectivamente en Pará y en Pernambuco; Aluizio Azevedo, oficial mayor en el Estado de Río y Cónsul [...] Ronald de Carvalho, practicante de secretaría y después oficial en Itamaraty; Coelho Neto, director de Justicia en el Estado de Río [...] João Ribeiro y Capistrano de Abreu, oficiales de la Biblioteca nacional [...] Araripe Jr., oficial del Ministerio del Imperio [...]; José de Alencar, director y consultor de la Secretaría de Justicia [...]; Manuel Antonio de Almeida, administrador de la Tipografía Nacional y oficial de la Secretaría de Hacienda; Lima Barreto, oficial de la Secretaría de Guerra [...] para que prosiga entre nosotros cierta tradición meditativa e irónica.”²⁹

El propio Veríssimo abunda en autocrítica en *O senhor embaixador* (1965), donde la vida diplomática exhibe su aspecto mundano y superficial, y las consideraciones políticas lamentan la profusión de dictaduras de izquierda y derecha en América Latina.³⁰ El cambio de la literatura por la política y el paso del modernismo entusiasta hacia el lamento por la “casa asesinada” (Lucio Cardoso), correlativo de la exaltación del tupí por las preferencias medievales de *Noigandres*, son síntomas de la modificación mayor que representó el varguismo en el poder y del destino de dominación que admitía Brasil a través de una relación cada vez más dependiente con Estados Unidos. La advertencia sobre el pasaje de la “conciencia alegre” a la “conciencia trágica” del subdesarrollo entre los 20 y los 60³¹ se complementa con la denuncia de los efectos del desarrollo dependiente que plantean Fernando Henrique Cardoso y Theotônio dos Santos desde la socioeconomía crítica de la Teoría de la Dependencia.

N.B.: Excepto indicación especial, todas las traducciones del portugués me corresponden.

Recibido: 14/8/2011

Aceptado: 20/11/2011

²⁹Carlos Drummond de Andrade: *Passeios na Ilha*, op. cit., pp. 658-659.

³⁰Arêas Peixoto, Fernanda: “Letras y diplomacia en el Brasil: una aproximación...”, op. cit., p. 114.

³¹Candido, Antonio: *A educação pela noite e outros ensaios*, Atica, São Paulo, 2003.

Reseñas

De luchar se ocupa el patrón

Reseña de Muzlera, J., M. Poggi y X. Carreras Doallo (comp): *Aportes, sujetos y miradas del conflicto agrario argentino (1910-2010)*, CICCUS, Buenos Aires, 2011.

Roberto Muñoz

CEICS

En marzo de 2008, en el contexto de la crisis mundial en curso, el gobierno kirchnerista intentó aumentar la alícuota del impuesto sobre los derechos de exportación de los productos agropecuarios —a la vez que establecía su carácter móvil de acuerdo a las variaciones en los precios internacionales— para financiar un esquema económico que ya mostraba signos de agotamiento. La medida fue resistida por las distintas capas del capital agrario, dando lugar a una movilización política de magnitud solo equiparable con el llamado Grito de Alcorta, cien años atrás. Durante 123 días, la burguesía agraria argentina se hizo piquetera —cortes de ruta, concentraciones, bloqueos, etc.— para defender su porción de renta. En esta reseña, nos ocuparemos de una nueva compilación que pretende ser un aporte para el estudio de los conflictos agrarios en Argentina, y en particular sobre la reciente “rebelión del campo”. En la introducción, los compiladores destacan la trascendencia de este último conflicto y sientan posición señalando que los bandos en pugna impusieron una imagen homogénea del campo que “silenció los susurros de los pequeños chacareros y campesinos”. Al mismo tiempo, plantean que la conflictividad agraria en Argentina no es nueva y lo ejemplifican con el Grito de Alcorta que, siguiendo a Grela, se trataría de “la primera huelga agraria en la que intervinieron 120.000 trabajadores de la tierra”. Es decir, reproducen las visiones dominantes sobre el medio rural pampeano, convirtiendo a explotadores de fuerza de trabajo —los chacareros— en los verdaderos productores agrarios.

El libro está estructurado en tres partes. Según indican los compiladores, la primera: “Aportes teóricos para la comprensión de los

conflictos agrarios”, brindaría, desde perspectivas distintas, herramientas teóricas para la comprensión de los conflictos del agro en general. La segunda: “Sujetos, miradas y conflictos agrarios argentinos”, proporciona nuevos abordajes a partir del estudio de casos particulares. Finalmente, la última parte: “Sujetos y miradas acerca del conflicto agrario de 2008”, habilita la reflexión acerca de este conflicto. Por una cuestión de espacio, dejamos fuera de nuestro análisis los artículos que componen la segunda parte –estudios de caso que justificarían la extensión del período indicado en el título de la compilación (enfrentamientos entre cooperativistas algodoneros y el Estado nacional bajo el primer peronismo; entre empresarios y obreros en la horticultura platense en los que se buscó la mediación de la justicia para hacer cumplir la legislación entre los años 1960 y 1980). Aquí nos limitaremos a la crítica de los artículos de la primera parte –aportes teóricos– y, sobre el final, a uno de la última parte, que se focaliza en el conflicto de 2008.

En “El enfrentamiento social como constituyente de las clases sociales como sujetos”, Nicolás Iñigo Carrera se propone una tarea importante: frente a la ofensiva burguesa que experimentan las ciencias sociales desde la década del ‘80, postulando la desaparición de las clases sociales, y en particular de la clase obrera, “como sujetos principales del movimiento de la sociedad”, el autor pretende restituir la noción de clase como categoría central para el análisis social. Tarea que consideramos fundamental sobre todo en el ámbito de los estudios agrarios, dominado por los discursos “campesinistas” (en donde el obrero rural es invisibilizado bajo la figura de un sujeto histórico inexistente en el capitalismo, el campesino) o “chacaristas” (misticación de las capas más pequeñas de la burguesía agraria argentina que, siendo explotadoras de fuerza de trabajo, pasan como trabajadores del campo, ocultando al proletariado rural).

Con tal fin, Iñigo Carrera, en primer lugar, contrasta en forma empírica los discursos sobre las nuevas identidades de “tipo sociocultural”, a partir del registro de “hechos de rebelión” ocurridos en el campo argentino entre 1994 y 2009. De esta manera, el autor constata que “los tres atributos (sujeto, metas y organización convocante) de los hechos considerados muestran un abrumador predominio de los sujetos, organizaciones y objetivos de ‘base económica’, que remiten a grupos sociales, primera aproximación a clases sociales...” (p. 28). Dicho esto –y pasando por alto la incongruencia metodológica que presenta el relevamiento de las acciones, en donde quien dice reivindicar la noción de clase, incluye como categorías de la variable “sujetos de los hechos de rebelión en el campo” a campesinos, pobres, sin tierra,

indígenas, ecologistas y pobladores–, los problemas aparecen cuando Iñigo Carrera desarrolla su conceptualización acerca de los enfrentamientos como constituyentes de las clases como sujetos. Su punto de partida es el estudio de las acciones de las clases pero despojadas de sus orientaciones ideológicas y de las instituciones en las que ellas se encarnan: “las clases se constituyen en el proceso de la lucha (...). Por lo tanto, debemos comenzar por observar esa misma lucha y no las resultantes de ese proceso: las formas institucionales que asume el resultado de la lucha (sindicatos, partidos)” (p. 30). Es decir, la lucha es analizada de manera parcial, con exclusión de su conciencia. El partido no sería la clase misma sino una realidad externa. Más aún, considera las acciones como fundantes de las instituciones de la clase. Ahora bien, la separación entre la clase y su vanguardia organizada implica dejar de lado el análisis de la dirección de las acciones, la lucha teórica. Con esta conceptualización unidimensional de los enfrentamientos, Iñigo Carrera pasa por alto algo elemental: el significado de una acción depende de quién la dirija. El autor se limita a recitar que “las clases sociales, en confrontación, son el sujeto colectivo de la historia, y sus metas, en cada momento histórico, están vinculadas a los grados de conciencia que tienen de sí, de las otras clases y de las relaciones entre ellas” (p. 30). La conciencia de la clase es concebida como resultado y nunca como causa de las acciones. El autor no ve que el desarrollo de la conciencia de clase es el desarrollo de su partido. A su vez, esto se relaciona con su noción de fuerza social: “...cualquiera sea la estrategia de una clase, en un determinado momento histórico, le es siempre necesario establecer alianzas con fracciones de otras clases sociales para poder constituir la fuerza (social) que le permita realizar su interés. (...) cada fracción o clase puede tener su estrategia, pero la fracción o clase dirigente de la alianza lo es porque ha logrado presentar su interés como el interés del conjunto” (p. 33). Pero, repetimos, presentando el partido como algo externo a la clase, Iñigo Carrera no puede responder cómo una clase logra transformarse en la dirección de una alianza.

Despojado de los elementos subjetivos, el planteo del autor cae en una concepción vulgar del marxismo, de corte positivista, que reduce la realidad a aquello que es inmediatamente perceptible. Concepción que se plasma en el último acápite del artículo, cuando analiza la génesis y formación del sistema productivo algodonero chaqueño. En este punto, el autor agrega que el conflicto social no solo sería constitutivo de las clases sociales sino también de los sistemas productivos sobre los que se asientan. En el caso del Chaco, la condición de posibilidad del desarrollo capitalista estuvo marcada por la guerra. Las incursiones

militares de fines del siglo XIX y principios del XX permitieron la ocupación del territorio controlado por los indígenas, la destrucción de su economía y, como resultado de ello, la disponibilidad de una masa de población para el trabajo asalariado. En este sentido, esto contradice lo que Iñigo Carrera planteaba más arriba: la clase obrera chaqueña no se constituyó como tal en el enfrentamiento, sino que fue resultado del mismo.

Luego, señala que en las décadas de 1920 y 1930 se abre una nueva etapa en el proceso de constitución de las clases con la implementación de una política de tierras basada en la pequeña propiedad. Ello habría sido parte de la estrategia burguesa para defender la propiedad privada en un contexto de grandes enfrentamientos con la clase obrera tanto a nivel nacional como mundial. Finalmente, hace referencia a la crisis del sistema algodonero hacia mediados de los años sesenta, que propició nuevos enfrentamientos “por el lugar que cada fracción social ocuparía en las nuevas condiciones...”. La pequeña burguesía, los campesinos y el proletariado “se articularon en el movimiento de liberación nacional y social que fue desarticulado a mediados de la década de 1970, mediante la utilización de la fuerza armada del Estado” (p.38). Como decíamos, el autor presenta las acciones de la “clase misma”, despojadas de sus orientaciones ideológicas y de las instituciones que las encarnan. Por qué las clases adoptan una u otra estrategia y la relación entre la estrategia adoptada y los resultados del enfrentamiento son cuestiones que Carrera no puede explicar.

En el segundo artículo de esta primera parte, “Conflicto agrario, actores sociales y la construcción política del ‘campo’”, Carla Gras, se interroga acerca de los procesos que permitieron la conformación del “campo” como actor político durante el conflicto de 2008. Tiene como premisa el sentido común historiográfico que ve como antagónicas a las distintas organizaciones empresarias del agro. “En efecto, las entidades que históricamente ejercieron la representación de estos productores (...) tienen trayectorias distintas no solo en relación con los intereses que defienden/promueven, sino también, respecto de las demandas y propuestas que plantean, sus modalidades de presencia en la arena política, las formas en que han buscado influir sobre –y a la vez han sido influidos por– las políticas estatales, o sus relaciones y alianzas con otros sectores y actores sociales” (p.40). Sin embargo, el consenso académico que supone que la Federación Agraria Argentina representaría intereses “progresistas”, que la habilitarían a realizar alianzas con los trabajadores, a diferencia de, por ejemplo, la Sociedad Rural, con posturas más reaccionaras, no resiste la evidencia empírica.

Por el contrario, el recorrido histórico de las diferentes entidades de la burguesía agraria muestra una confluencia recurrente en su accionar. Las cuatro organizaciones que conforman la Mesa de Enlace operaron mancomunadamente en distintos contextos que afectaban al conjunto de la clase: el golpe militar de 1976, la devaluación de 1989 y la crisis de 2001.¹

Partiendo de este prejuicio, la autora inscribe el conflicto de 2008 “en el proceso de más largo plazo de transformación de actores e identidades en el agro argentino” (p. 41), que explicaría el “alto grado de convergencia en las demandas y posturas de una amplia gama de actores: desde los arrendatarios y propietarios, a los grandes y medianos empresarios, los chacareros y los contratistas.” (p. 49). Detrás de este listado de “actores”, está presente la idea de una estructura social del agro argentino heterogénea, no plenamente capitalista, en donde todavía tendría cabida la agricultura familiar. De allí, se desprende el uso de la categoría histórica de chacarero, negando su condición de burgués. Descartada la categoría de clase, las herramientas teóricas que propone la autora para explicar la convergencia de las distintas entidades agrarias refieren a la noción de “fronteras sociales”, que permitiría “reflexionar sobre las ahora múltiples formas de mantenimiento y de recomposición de la distancia de diferentes grupos sociales en sociedades marcadas por procesos más o menos intensos de recomposición social” (p. 55). El planteo de Gras es que en el conflicto de 2008 “cristalizó –a la vez que se profundizó– un proceso de reconfiguración de las fronteras preexistentes entre grandes, medianos empresarios y capas de la agricultura familiar. (...) las fronteras que delimitaban las identidades se fueron haciendo menos nítidas, tanto en relación con las prácticas productivas como respecto de los imaginarios movilizados por los diferentes actores”. Esta situación explicaría que “actores cuyas posiciones los ubican de manera antagónica entre sí (por ejemplo, el dueño de la tierra y el que arrienda, el contratista y el productor) se encuentran coyunturalmente ‘asociados’ en el marco de las tareas de la campaña agrícola” (p. 56). Este enfoque no permite comprender que la oposición terrateniente-arrendatario no implica un antagonismo irreductible, sino que se basa en una contradicción de intereses que puede conciliarse. Si bien se reconoce que la estructura agraria ha experimentado un

¹Para un análisis detallado de las trayectorias de las diferentes organizaciones corporativas de la burguesía agraria argentina, ver Sartelli, E. (dir): *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía, marzo-julio de 2008*, Ediciones ryr, 2008.

proceso de homogenización, ese proceso se habría iniciado recién en los últimos años. Sin embargo, un análisis menos superficial muestra que la tendencia a la homogeneización de los “productores” se remonta, por lo menos, 50 años atrás, con el avance de la agriculturización y, a su vez, ayuda a entender el accionar en conjunto de las distintas entidades agrarias en todos esos años, que la autora se niega a ver.

Pasando a la última parte del libro, el artículo de Javier Balsa y López Castro, “Transformaciones socioproductivas, actores sociales y modelos de desarrollo rural en disputa. Reflexiones en torno al conflicto agrario reciente en la Región Pampeana”, parte de una pregunta similar a la de Gras: “¿Cómo explicar la unidad en la acción que tuvieron los piquetes de productores rurales en toda la Región Pampeana, y la masividad de las concentraciones en las principales ciudades del país?” Los autores son conscientes de que el mismo interrogante pone en cuestión su abundante producción académica: “En especial, considerando la supuesta heterogeneidad de la estructura social pampeana, de la que habíamos estado hablando la mayoría de los que nos dedicamos a los estudios rurales...” (p. 142). La clave explicativa de este fenómeno supuestamente novedoso estaría en el proceso de homogeneización que experimentaron los productores pampeanos, proceso signado por la concentración de la producción, fundamentalmente a partir de 1976, que expulsó a la mayoría de los “pequeños productores”. En particular, “son los productores mediano-grandes, es decir, unidades de 500 ó 2000 hectáreas, los que siguen siendo los actores predominantes en la región” (p. 145). En este sentido, según los autores, un elemento importante para comprender la acción conjunta de las entidades agrarias sería el “proceso de aburguesamiento de los chacareros pampeanos”. Parten de la concepción que postula que históricamente los chacareros se han regido por una racionalidad diferente a la del empresario rural, inmersos en un modo de producción distinto al capitalista, que se caracterizaría por el uso de mano de obra familiar y, al mismo tiempo, la disposición de una importante dotación técnica, que les permite participar en el mercado sin por ello ser una empresa capitalista. El aburguesamiento de este sujeto estaría marcado por el cambio del lugar de residencia y el consiguiente abandono de pautas de consumo y la desvinculación de los familiares de las tareas productivas. Es decir, solo en los últimos tiempos las relaciones capitalistas estarían penetrando plenamente en el agro, dando lugar a “una base social para el desarrollo y sostenimiento del modelo (...) en el cual la renta y la ganancia capitalista (y ya no el trabajo familiar) representan las fuentes principales de ingresos” (p. 146). Por último, los autores se preguntan

por qué no surgió, en el contexto del conflicto, una propuesta alternativa de desarrollo rural que reclame, por ejemplo, “la priorización del mercado interno por encima de la producción de *commodities* exportables”. La respuesta radicaría en que el estrato de los “pequeños productores familiares”, que podría impulsar esa opción, “tiene una escasa representación y peso político, lo cual limita su posibilidad real de incidir en la agenda pública y de gobierno” (p. 160). Esta conclusión, sin embargo, no impide que los autores cierren el artículo bregando por políticas públicas que permitan “resguardar y potenciar” un sujeto, la agricultura familiar, que –si es que alguna vez existió– ya no existe en el agro pampeano.

En suma, y a modo de cierre, los aportes de esta nueva compilación no permiten avanzar en la comprensión de los conflictos rurales y, en particular, sobre la naturaleza del conflicto de 2008. Vimos en primer lugar las limitaciones de la propuesta teórica de Iñigo Carrera, que despoja a las clases sociales de sus elementos subjetivos, condenando a la clase obrera a una lucha a ciegas. Por otra parte, los artículos dedicados al conflicto “gobierno-campo” prescinden de su contenido de clase, ignorando el carácter interburgués del enfrentamiento. Describen una estructura agraria en la que hasta no hace mucho las relaciones capitalistas no habrían podido desarrollarse plenamente. Con ello, niegan la condición burguesa de lo que llaman chacareros o agricultores familiares y se sorprenden de un fenómeno recurrente: el accionar en conjunto de las diferentes organizaciones patronales del agro. Por último, y en concordancia con estos planteos, no hay siquiera una mención al pasar de los verdaderos productores de tanta riqueza, los obreros rurales pampeanos.

Recibido: 1/5/2012

Aceptado: 20/6/2012